

los asistentes sostenido, se desplomara como tocado de un rayo sobre el frío pavimento. Solo, cuando en virtud del ritual monástico, sonaban las salmodias fúnebres., anunciando al mundo el entierro de un vivo, serenábase su corazón porque se creía un muerto.

Después de la misa celebróse la comida. Lutero creyó haber desarmado á su padre. Lo imponente de la ceremonia parecíale propio para rendir la voluntad más pagada de sí misma. Pero Hans mostraba en el ceño, en la mirada, en la tristeza profundísima, en el silencio absoluto, en la desgana irremediable, todo el intenso dolor que poseía y dominaba su alma. Entonces Lutero, dulcificando su gruesa voz todo lo posible y dirigiéndose con humildad completa y con reverencia profunda al autor de sus días, díjole que le expusiera la causa de su tristeza y de su repugnancia invencible á verle encerrado en las cuatro paredes de un claustro, donde su vida humana con todos sus pecados iba á derretirse en el fuego místico cual se derrite el grano de incienso en los áureos incensarios y á disiparse en la eternidad, donde comienzan el sumo bien, la verdad perfecta y la eterna é inextinguible bienandanza. Hans no pudo sufrir aquellas palabras de su hijo. Háblele querido para el mundo, para la sociedad, para las universidades, para el derecho, para la magistratura, para la política, para que se casase con una rica heredera, para que le diese nietos sanos y robustos, para que prolongase en lo porvenir su familia, convertida por la fortuna y por la gloria en una familia de ricos-hombres, y se encontraba con mísero penitente sin aptitud para ningún cargo público, sin posibilidad de tener mujer é hijos, con voto irrevocable de pobreza, demacrado, huesoso, extinto casi, cadáver más que persona. Así es que se levantó á la inesperada pregunta, y mirando de hito en hito á su hijo, exclamó, como si consultara á los doctores y maestros en teología: «¿No habeis leído en las santas Escrituras que el hombre debe respetar ante todo á su padre y á su madre?» Un profundo silencio sucedió á esta sabia pregunta. Lutero dejó caer los brazos desmayados y la cabeza tronchada sobre el pecho; y no dijo ni una sola palabra, herido en el corazón por las ya inútiles reconvencciones paternas. En cambio algún doctor se atrevió á decir que, en la Escritura hay un texto, en el cual se previene que el cristiano, fiel á la Iglesia, obedezca antes á Dios que á los hombres. Tal respuesta indignó en tanto

grado el natural sencillez de Hans que la comida concluyera de mala suerte, si la conversacion no girara sobre otros varios extremos. Y cuando ya pasara por muchas fases y revistiera diversos caracteres, dijo Hans, como quien desea quitarse de encima un peso, en alta voz, esta fórmula: «¡Quiera el cielo que esta profesion de mi hijo no resulte al cabo una asechanza del demonio; comamos, trinquemos, regocijémonos, puesto que no hay remedio; pero que Martin, ya monje, nos quiera un poco más!» Las palabras severísimas del padre conmovieron profundamente al hijo. Su corazón tempestuoso sintió con vivo sentimiento carecer de la bendición paternal en aquella hora triste y solemne, en la cual creía haber dejado su cuerpo compuesto de gusanos en el mundo y recibido del sacramento santo, que le trasformaba, alas como de mariposa, para volar por el cielo espiritual de los eternos arquetipos, que se eleva y resplandece sobre el cielo material de los luminosos astros. Así, quedóse en el claustro, muerto para toda alegría y vivo para todo dolor.

Hasta los biógrafos más apasionados contra Lutero, hasta los más ortodoxos, confiesan que en esta edad se parecia, por la pureza de las costumbres, por la ortodoxia de las ideas, por la elevación de los sentimientos, por el rigor de las prácticas, por la severidad de los ejercicios monásticos á Lucifer antes de la rebelion y de la caída, sí, á Lucifer, cuando iba enviado por Dios á llevar en sus ojos esplendentes la luz increada al seno de las caóticas tinieblas. Los principales de su monasterio cuentan que su humildad rayaba en abnegación de sí mismo, sus penitencias en sacrificios y en martirios, sus meditaciones en una especie de éxtasis beatífico, por cuya virtud llegaba hasta ver lo invisible y hasta hablar de lo inefable. Una vez que se confesaba rendida y sinceramente á uno de sus más sabios y virtuosos superiores, díjole este, en son casi de piadosa burla, que ignoraba por completo lo que era el pecado. Otra vez que pedia grandes penitencias por verdaderas nonadas, engendros de su cavilosidad y de sus supersticiones, díjole otro de sus confesores que se acusaba de lo que nadie, ni Dios mismo, podia imputar á falta. Nacido para el apostolado de una idea, vivió y creció alimentándose exclusivamente de ideas, como si trajese el sello de su divina predestinación marcado ya en la rugosa y espaciosísima frente.

Cuanto más se estudia la historia, más se persuade el ánimo de que Dios

la dirige. En la inmensa y complicada máquina del Universo, sale, de tantas imperfecciones relativas, de tantos males diseminados por el mundo, la perfección absoluta y la verdad eterna. Y así como hay leyes de proporción, de armonía, de relaciones entre los orbes diseminados en los espacios infinitos, por las cuales reinan hasta los últimos inescrutables confines la atracción y la gravedad, hay leyes en la sociedad y en la historia, por cuya virtud se combinan y armonizan la providencia de Dios y la libertad del hombre. Y así como hay venenos que curan, tormentas que purifican, huracanes que sanan los aires apestados, inundaciones que fecundan, erupción volcánica que acrisola, como hay todo esto en la naturaleza, hay en la sociedad, aquí una revolución que engrandece, allí una batalla que purifica, acullá una guerra que impulsa, mas lejos un revolucionario que sana á esta humanidad necesitada de elementos tan diversos y opuestos para el cumplimiento de sus misteriosos progresos. Los que maldicen de todo lo que no cuadra á su secta, apenas sienten á Dios ni comprenden á la humanidad. No hay cosa mas vulgar ni mas sujeta á engaño que el recluir la vida divina y la vida humana en el reducido círculo de nuestras creencias y de nuestras ilusiones personales. Como el tallo rompe la semilla que lo produce, como el feto rasga de dolor las entrañas que lo engendran, como el hijo abandona el techo que lo abriga y lo protege; la sociedad camina rompiendo templos, derribando altares, comiéndose á los mismos dioses á quienes habia adorado de rodillas y en quienes habia puesto su fe y su esperanza. Si tal no sucediese, nosotros, por ejemplo, en vez de las catedrales crearíamos iglesias á las selvas druídicas; en vez de las aras donde se celebra el incruento sacrificio de la misa, celebraríamos sobre los dolmenes el sacrificio de las humanas víctimas; y tendríamos por nuestra providencia y nuestro consuelo á los dioses de la matanza y de la guerra. Cuesta mucho abandonar las primitivas creencias en que han anidado las almas. Pero no hay mas remedio que abandonarlas cuando la salud del género humano lo exige. Costó mucho á los primitivos hebreos dejar los templos de Egipto; costó mucho á los primitivos cristianos dejar las sombras de la Sinagoga; imaginaos cuánto le costaria á un monje, á un penitente, á un asceta como Lutero, dejar el seno de la Iglesia. Pero si lo exigian los progresos de la humanidad, porqué reconvenir á la víctima?

## CAPÍTULO III

### LOS COMBATES DEL ALMA DE LUTERO

Cien veces hemos repetido, y cien veces repetiremos aun, tratándose de Lutero, las dos palabras de luchar y reluchar ciegamente. Y las decimos, y las diremos mil veces, porque, en estas dos palabras se encierra la fórmula explicativa de su carácter primordial, de ese carácter de combatiente, de guerrero, de militante, que constituye toda la trama de su vida. Cuando sale, armado de todas armas, movido del afán de guerrear, ciego por la cólera, resollando reconcentrada ira, en pos de un enemigo formidable, á quien acecha con astucia, asalta con celeridad, hiere con furor, mata con rabia y aniquila con odio sobrenatural, aparece tan fuerte y tan heroico, porque antes de esto ha tenido empeñadas miles de batallas en su alma y ha visto arremeterse unas á otras las ideas hasta exterminarse en los campos ensangrentados de su tormentosa conciencia. Trágico su empuje, trágico su ministerio, trágica su transformación, todo en él ha sido verdaderamente doloroso; y antes de decidirse, ha necesitado pasar por las mayores y las mas terribles pruebas que pueden apurar á un hombre.

En la infancia, las miserias de la vida le han ceñido una corona de abrojos. En la juventud, la necesidad de combatir con los últimos fantasmas de la Edad media, le ha dado sublimes horrores y grandes y pavorosas perplejidades del alma. Llamado por su vocación á la teología y por los mandatos de su padre al derecho; este nuevo combate entre los impulsos de su conciencia y los impulsos de su corazón, amargó su vida y aceró su temperamento.